

DE ACTUALIDAD



Huelga de verdugos

A propósito de los reos últimamente fusilados en Barcelona, se ha dicho que los ejecutores oficiales de justicia (!!), los verdugos de plantilla y a sueldo, se habían negado a despacharlos. Y no, sin duda, por pedir aumento de sueldo o disminución de jornadas de trabajo. Es que se han sentido hombres. Es también acaso que no veían clara la justicia del fallo.

Cuando se discute la abolición de la pena de muerte, no suele invocarse la necesidad moral de suprimir el verdugo, que no es más que un esclavo. Y la peor clase de esclavo; un esclavo que acepta su esclavitud. Y, sin embargo, la mayor necesidad moral de suprimir la pena de muerte estriba en que hay que suprimir el verdugo.

Así como en otro orden lo que suprime al siervo suprimirá al tirano. Y es éste, más que aquél, quien necesita ser redimido. Como de nada servirá que pueda llegar a vivir digna y humana y civilmente de su trabajo todo el que sepa, pueda y quiera trabajar mientras haya quien, siendo capaz y apto para el trabajo, pueda vivir holgando. Que el trabajo es más deber que derecho, y no es lo que más falta hace la emancipación del proletariado, sino la de los ricos haraganes.

Parece que los verdugos, sintiéndose hombres libres, se declararon en huelga y hubo que fusilar a aquellos reos. Y si se dijera que esto es convertir en verdugos a los soldados que ejecutan el fusilamiento, podrá responderse, que ni cobran por ello ni están a sueldo para fusilar, ni lo tracen de grado, sino por obediencia, y el poder ejecutivo puede, con razón, temer que llegue acaso un día en que los soldados de la patria, cambiados los principios de la disciplina, se nieguen a ejecutar tales sentencias, sobre todo, si no las ven bien claras. Las cosas van por este camino y no por donde cada cual quiera.

—¿Quién ejecutará entonces? —nos preguntará alguno de esos obcecados o pusilánimes que sostienen que no conviene abolir la pena de muerte.

Y recordando su argumento favorito en favor del mantenimiento de la pena de muerte, aquel argumento

que es modelo de estúpidez y de ramponería conservadoras, y que se atribuye a Alfonso Karr, y es que decía, hablando de su supresión: “¡Que empuen los señores asesinos!”, les diremos a los partidarios de esa pena: “¡Ejecuten ustedes!” Ejecutores de la pena de muerte deben ser los que sostienen que no sea abolida. Y así como ha habido policías honorarios, puede haber verdugos honorarios también. Verdugos honorarios que se honrarían con mantener por el hecho sus ideales de justicia.

Quedarán, además, los somatenes de clase. Y si se trataba de ejecutar a criminales por haberse vengado criminalmente contra algún instituto público, podrían ser miembros de éste los que los ejecutaran. ¿Sería acaso la primera vez en que un instituto así hiciera de juez, de parte querellante y de ejecutor de la sentencia?

Los antiguos griegos y romanos, henchidos de humanidad racional, lo resolvieron mejor. El condenado a muerte, en ciertos casos se suicidaba. Clásico ejemplo el de Sócrates. Quien pudo así mantener sus doctrinas respecto a la obediencia a las leyes.

Tampoco nosotros creemos, no ya en la justicia, más ni en la eficacia de la pena de muerte. No nos parece que ésta haya evitado o prevenido un sólo asesinato, y acaso los ha producido. Somos de los que estamos convencidos de que hay castigos, que por lo injustos y bárbaros, excitan al delito. Cuando una sociedad mantiene y aplica la doctrina de la vindicta y de la reparación y demás truculentos embolismos teológicos, los delincuentes se vengan de ella.

En rigor, el mantenimiento de la pena de muerte —y de otras— es un efecto de holgazanería social. Cuesta menos trabajo y menos dispendio quitar de enmedio a un reo, mediante la muerte, que mantenerle, acaso ocioso, el resto de su vida a buen recaudo teniendo que vigilarle, guardarle y cuidarle. El ejecutor de la justicia, el verdugo, tiene que suplir defectos del poder gubernativo y del ejecutivo. Acuden a esas penas, como acuden a la represión violenta y a mano armada, los poderes holgazanes, perezosos, que no gobiernan por

haraganería. Es cosa de pereza, es cosa de no mandar. Porque reprimir no es mandar. Ni menos mandarse. Y se desmandan las autoridades que huyen del trabajo. La pena de muerte procede de un principio de economía de esfuerzo, de zanganería.

Hay una cirugía que se llama conservadora —en un sentido, como se ve, casi contrario al del conservadurismo político— que atiende a amputar miembros lo menos posible. Quédese el enfermo con su pie magullado, pero con su pie. Sólo que esto cuesta más ciencia, más trabajo, más cuidado, más paciencia, más gasto que el cortarle el pie por lo sano. Y cuando hay prisa... Y he aquí por qué la llamada cirugía de urgencia, llegase a ser la menos conservadora. Cuando hay prisa y cuando se trata de un pobre.

¿Es que en el orden social hay prisa por operar? Para los gobiernos haraganes, rutinarios, torpes, para los gobiernos conservadores “desvergonzadamente triviales”, según Carducci; no nos cansaremos de repetirlo — sí! Un padre haragán, rutinario, torpe, conservador en fin, cuando pierde la paciencia y no ha hecho naad trabajoso por guiar a su hijo, le da a éste un golpe. Y el golpe del padre al hijo, más que crueldad, más que dureza de corazón, arguye haraganería. Los haraganes, hombres o gobiernos, reaccionan así.

La última huelga de verdugos podría señalar graves cambios de la conciencia pública popular. Y si al paso que van las cosas, los soldados de la patria se niegan algún día a ejecutar pena cuya justicia y eficacia no vean claras y si el Ejecutivo no encuentra verdugos honorarios, entonces... Entonces que ejecuten los publicistas conservadores que sostienen la necesidad de la pena de muerte, convertidos en verdugos honorarios. Sería mucho más de acción ciudadana que el estar sosteniendo desde las columnas de un diario la inconveniencia del indulto.

“¡Que empuen por suprimir la pena de muerte los señores asesinos!” Sí, ¿eh? Pues que empuen por ejecutarla en los asesinos —reales o supuestos— los señores que así “sinrazonan”.

La ley de Lynch, la justicia catalana, el somatén..., todo nos parece más noble que ese procedimiento de cobardía y de holgazanería conservadoras. De holgazanería sobre todo.

MIGUEL DE UNAMUNO